

BOLIVAR

En la esfera espiritual, posiblemente acontezca lo que en el mundo físico: las pequeñas masas son atraídas por las mayores; este pensar suele acudir a mi ánimo cada vez que reflexiono sobre los grandes hombres. Por lo que respecta a mí, varias son las figuras de la Historia que ejercen este poder, pero en manera muy especial, el atractivo irresistible, la sugestión poderosa de un nombre: Bolívar.

Bolívar, juntamente con Jorge Washington y José de San Martín, luce indisputablemente el título de ser uno de los libertadores del Nuevo Mundo; son ellos los dioses máximos de la teogonía americana, y si se me preguntase, usando de un símil que se llevó a otros terrenos, qué lugar ocuparían los integrantes de esta trilogía heroica comparándola con la cristiana, pediría para Washington el lugar del Padre, para Bolívar el del Hijo y para San Martín el del Espíritu.

Simón Bolívar es uno de aquellos que vienen marcados por el Destino para las empresas excepcionales y solamente para ellas; uno de esos temperamentos extraordinarios, de genio, que, precisamente por ser tales, surgen de vez en vez en el mundo, pues la naturaleza se complace en brindarlos con superlativa avaricia. Bolívar era de aquéllos: pertenecía sin duda a esa minoría de vigorosas individualidades, que en cualquier tiempo y lugar se señalan y destacan, porque hay mucho de necesario, incluso de providencial en sus acciones, en su manera de ser, en su propia aparición. En Bolívar, como en todos los distinguidos conductores de la Humanidad, había al-

go que rechazaba violentamente la inferioridad y la medianía, y Némesis, le había reservado nada menos que la reconquista de casi un continente, tarea gloriosa pero grávida de dificultades, acaso más de acuerdo a la talla de un semidiós que de un mortal. Que era un predestinado, la propia vida de Bolívar nos lo prueba.

Nace en Caracas —“la gentil”, como alguien la llamara— en una de las últimas décadas del siglo XVIII, la centuria racionalista de la Enciclopedia y la Revolución, en plena opulencia, contando con todo hasta el hartazgo, y probablemente haya en ello cierto presagio, pues era como un anticipo irónico para el que alguna vez habría de carecer de todo. Lleva en sus venas sangre de aristócrata, y sus modales finos, su educación esmerada, así lo confirman; desciende de conquistadores brillantes y temerarios, y recios vascos, soñadores andaluces, arrogantes castellanos, se cuentan entre sus mayores; no es extraño pues, que él recepte las virtudes de la raza que asombrara al universo con la realización de hazañas portentosas, y que a un hijo del Nuevo Mundo —al fin, sangre de Hispania— se le haya encomendado por mano de un fatalismo riguroso, reeditar los hechos de los más grandes capitanes de la Historia, y las calcinadas arenas de Venezuela, los húmedos bosques del Magdalena, el Ande ecuatoriano, las planicies peruanas, hayan sido escenarios y testigos de acciones, ante las cuales habrían de languidecer y desmayar los más estupendos actos de heroísmo que, como ejemplos insuperados, enorgullecieran a las generaciones pretéritas. Su espíritu estaba bien preparado: conocedor de los clásicos, lector de los Enciclopedistas y los autores franceses de moda, llevaba en su alma instintivas inquietudes de libertad, y un día (es bien conocido el episodio) se encuentra en Roma con su antiguo preceptor, y allí el adolescente, en la cumbre del Aventino famoso (1), a la vista de las colinas que formaban el recinto de Servio, jura solemnemente libertar

(1) No está claramente establecido; muchos historiadores sostienen que fue en el Monte Sacro.

su suelo. En Bolívar había pasta para ello; era confluencia y síntesis de las reservas morales de sus antepasados y durante toda su existencia, no hubo en él rasgo que tan enérgicamente lo distinguiese, como una voluntad indomeñable, sujeta a las más duras pruebas, vencedora invariable de todas ellas; no repara contra qué ni contra quién lucha, y alguna vez en su vida toma caracteres impresionantes, llegando un momento en que, cual nuevo ángel rebelde ya no se para ante Dios ni ante nada, y en medio de inexpresable confusión, durante el terremoto de Caracas, tocando lo sublime, en un gesto de soberbia, de los que solamente él es capaz, cuando todas las fuerzas ciegas de la naturaleza se desencadenaban, lanza su terrible reto: "Si la Naturaleza se opone a nuestra libertad, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca"; hay que detenerse un momento para meditar de qué es capaz un hombre de esa reciedumbre moral, provocando desafíos de esa índole, en medio del estrépito pavoroso cuando todas las conciencias vacilaban y hasta el mismo suelo temblaba bajo sus pies. Ya se podrá presumir que la causa americana estaba en manos muy seguras y con hombres como Bolívar nos hallaríamos a cubierto. En verdad, ¿qué no sería capaz de hacer por este nobilísimo emprendimiento su más firme servidor, poniendo toda su pasión, volcando todo su genio y toda la inalterable verticalidad de su conducta? La Fortuna, de quien se ha dicho que *es mujer y por tanto versátil*, no siempre jugó con lealtad con su joven conquistador, y de seguro, de sus innúmeras amantes, ninguna fue deseada con tanta pasión ni hubo para el Libertador cortejada más esquivada y en ciertas ocasiones más infiel; buena muestra de lo dicho son las jornadas de Barquisimeto, Araure, Aragua, las dos jornadas de La Puerta, Puerto Cabello, Boyacá, Bomboná, Carabobo, Junín y cien acciones más.

Corría el año 1813. En los valles del Orinoco y el Magdalena la guerra adquiría sin par ferocidad; los actos de arrojo se sucedían y en ambos bandos el coraje de esos llaneros celebrados, encontraba nuevos límites de superación. Como si fuese poco todavía, Briceño formalmente declara en

Cartagena que “el principal propósito de la guerra es destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos” y llega a lo inconcebible, cuando en la tabla militar se especifican los grados con su equivalencia en número de cabezas enemigas; pronto Briceño, siguiendo invariable tradición, sucumbe víctima de su propio invento. Bolívar que al principio había visto eso con señalada repugnancia, reproduce en esta parte del mundo, millares de años después, la conducta de Aquiles en la santa Ilión, a raíz de la muerte de Patroclo; en su proclama de Mérida, antelación del Decreto de Trujillo lo dice: “nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte”. El fiero, endurecido soldado que hablaba en este tono, ¡qué lejos está de aquel que imponía las modas en París, del apuesto galán de la corte de Carlos y María Luisa, o del jovencito de 15 años, subteniente del batallón Aragua! Era necesario sin embargo, hallar un adversario digno de Bolívar para animar aún más este escenario trágico, y él apareció encarnado en Boves, un nativo de las tierras del Rey Pelayo, figura sanguinaria, de inconcebible audacia y valor realmente legendario. Ambos siembran el terror y las crueldades aumentan; ya no son dos hombres, más vale parecieran endemoniados; se buscan y adivinan; se desplazan furiosos dispuestos a destrozarse en mil pedazos y los nombres de Boves y Bolívar son pronunciados en poblados y campos con aquel sobrecogimiento de pavor con que los pueblos de Europa esperaban la llegada de esas hordas de mogoles o tártaros conducidos por Gengis Kan o Tamerlán. Y después lo inevitable: el encuentro de los grandes caudillos en la desgraciada justa de La Puerta: el ejército de Bolívar destruido, el sueño del Libertador momentáneamente quebrado. Pero en Bolívar era en vano buscar materia que se destemplase a los fracasos, lo que justificara plenamente la conocida frase de Morillo, de “que Bolívar era más temible vencido que vencedor”; a él se le hubiese podido aplicar el concepto de nuestro Estrada, de que “era más fuerte en la adversidad que entusiasta en los triunfos y las glorias”. Rufino Blanco Fombona, evocó la Guerra a Muerte, en un

bellísimo soneto de enérgica expresión, en cuyos versos finales se alude a la tremenda orden dada por Bolívar, de pasar por las armas a todos los prisioneros de La Guaira, que sumaban algo más de ochocientos, incluso los hospitalizados. Dice así:

La Patria en cruz y con las venas rotas,
cintila, salpicada de rubíes,
las campiñas son todas de aelíes
bermejos, y de grana las garzotas.

¿No parecen millares de patriotas
en los dientes de hispanos jabalíes?
¿No exponen sus cabezas carmesíes,
palpitantes, en bárbaras picotas?

Y sucedió un fenómeno celeste,
la aurora despuntó por el oeste:
Bolívar en los Andes parecía;

y en tempestad de purpuras olas,
en la tumba rodaron aquel día
ochocientas cabezas españolas.

La guerra por la independencia se desarrollaba simultáneamente en toda Hispanoamérica, pero pasados los primeros años, mientras en los países del Plata, la anarquía hacía sus presas, en el norte la lucha contra la metrópoli proseguía con excepcional vigor; Morillo estaba allí con las veteranas tropas de España, con quienes provocaron el descalabro de Bonaparte, el comienzo de su eclipse.

Después del retiro de Morillo, un día de San Juan, en el año 21, la victoria sonríe al Libertador en Carabobo; desde entonces hasta poco antes de su muerte, la Fortuna le acompaña con fidelidad, y su prestigio es tan enorme, su poder tan indiscutible que ya lo desearían para sí los monarcas de la tierra. Como un heraldo de la libertad de América, recorre miles de kilómetros con sus tropas vencedoras. San Martín hacia algún tiempo se encontraba en el Perú, al frente de un

ejército que en las campañas de Chile y en las batallas futuras, demostrarían sus integrantes ser dignos émulos de esos llaneros temerarios del norte conducidos por Páez. Estaban cerca y conviene encontrarse: la independencia de América, el destino de millones de seres, el futuro de naciones, pendientes de la palabra y el sentir de dos espadas vencedoras en pacífica plática. Y en la dramática conferencia de Guayaquil, sin teatralidad de ninguna especie, cediendo a sus propios estímulos, ambos ponen lo que tan íntimamente estaba en ellos: Bolívar su indudable grandeza y San Martín su incomparable abnegación. Nuestro compatriota, hombre de buen sentido común, de extraordinaria sensatez, comprendió inmediatamente que su misión estaba allí poco menos que concluida; al primer golpe de vista se dio cuenta de parte de quién estaba la popularidad, quién dominaba la escena en esa hora culminante. Se retira sin ruido, dejando en manos del venezolano ilustre finiquitar la colosal tarea iniciada doce años antes. Bolívar por su parte, sediento de glorias, vivía el instante menos adecuado para abdicar del honor insigne de terminar con la guerra por la independencia; como le sobraba penetración, listamente rechazó el ofrecimiento que, con insuperable nobleza le hiciera San Martín, de servir a sus órdenes; comprendió que no le sería conveniente encontrar entre sus oficiales al que ceñía los laureles de Chacabuco y Maipú, y arguyó que “por delicadeza no lo podría mandar”, según se desprende de la conmovedora carta del Protector (2). Se retira San Mar-

(2) Por cierto que no entro a juzgar aquí la autenticidad de la celebrada carta que San Martín habría dirigido a Bolívar desde Lima con fecha 29 de agosto de 1822, conocida generalmente con el nombre de “carta de Lafond”, cuyo original no se encontró. Desde hace algún tiempo, distinguidos historiadores venezolanos sostienen que dicha carta es apócrifa, mientras los historiadores argentinos la consideran auténtica; el punto de vista venezolano lo han sostenido entre otros, Elías Pérez Sosa, Jesús A. Cova, y en los trabajos fundamentales —es nuestro criterio— de Vicente Lecuna en su libro “La Entrevista de Guayaquil”, Caracas, 1952, y el informe de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela (publicado en el *Boletín* de dicha Academia, No 121) del Dr. Cristóbal L. Mendoza. La tesis argentina ha sido analizada por el Cnel. (R) Bartolomé Descalzo en una serie de artículos publicados en

tín del teatro de la guerra y con ello adquiere su figura los contornos de la de los primeros repúblicos de Roma y de los hombres cumbres de la Héléade inmortal. Bolívar, entre cuyas inclinaciones, no aparecía ciertamente la simpatía hacia los argentinos, guardó siempre gran afecto por el Protector del Perú; en cuanto a éste, sabido es que tenía inmensa admiración por el vencedor de Junín, y en Francia, en su retiro de Grand-Bourg, conservaba con amor un retrato de Bolívar, retrato que sirvió de pretexto a Sarmiento, para que uno de los actores le contase lo ocurrido en Guayaquil, y que sirviera para la conferencia que el autor de "Facundo" pronunciara en el Instituto de Francia (3), pues bien conocido es que San Martín, rehuía invariable y sistemáticamente hablar sobre estos temas.

Ya queda solo Bolívar; nadie le disputará a él terminar con el poder hispano en América; y jalonando su camino con victorias, llegamos a 1824, en el que se empeñan las acciones capitales. En tierra incaica se traba la batalla que más nombre otorgó a Bolívar. Allí estaba el Libertador, pleno de gloria, a manera de Zeus en el Olimpo, rodeado de su corte de dioses, y como bien decía nuestro Avellaneda, "para ser vistos por el mundo subieron a las altísimas planicies de Junín y allí pelearon". En hermosa conjunción, como un símbolo de la resistencia de toda América, a las aguerridas tropas de Canterac se opondrían unos soldados y una oficialidad brillantes, venidos de todo el Continente; allí estaban Sucre, La Mar, Córdova, Miller, Lara, Carvajal, Jiménez... Los del Plata lo tenían a Pringles, Olavarría e Isidoro Suárez; tam-

la revista "San Martín"; también por Arturo Capdevila en "El hombre de Guayaquil", pero fuera de toda duda, lo realmente sólido lo escribieron Ricardo Rojas y el notable historiador paraguayo Julio César Chaves. Por la seriedad de la historiografía argentina, olvidemos piadosamente el libro y la aventura del Sr. Eduardo L. Colombres Mármol y su defensor Dr. Rómulo D. Carbia.

(3) Manuel Gálvez en su libro sobre Sarmiento niega que se haya pronunciado dicha conferencia, reduciendo el caso a una "relación". Los demás historiadores lo aceptan.

poco podía faltar en esa justa, el valor romanesco de Mariano Necochea, aquel a quien Olmedo, estimando mortales sus heridas, así le cantara en el poema más maravilloso escrito en lengua de Cervantes:

Oh, Capitán valiente,
Blasón ilustre de tu ilustre Patria,
No morirás; tu nombre eternamente
En nuestros fastos sonará glorioso,
Y bellas ninfas de tu Plata undoso
A tu gloria darán sonoro canto
Y a tu ingrato destino acerbo llanto.

Poco después viene Ayacucho, ganada por el más distinguido de sus oficiales —Sucre— o tal vez por el joven Córdova con su bizarra frase, de “armas a discreción y paso de vencedores”. Con ello concluye la dominación española y toda América respira libertad. Se había finalizado un trabajo ciclópeo, pero quedaba en pie otro, no menos hazañoso y evidentemente más complejo: la reconstrucción y organización política de los países liberados. Allí Bolívar derrama todo el ascendiente que poseyó para resolver el gravísimo problema en forma favorable. A pesar de todo, la solución apetecida no aparece; con su inteligencia diáfana el mismo Libertador comprende pronto, que en América será peligroso el uso de ese instrumento delicadísimo que es la libertad.

Tiempo después, se despide de Venezuela en un adiós impresionante; se dirige a Nueva Granada, para no ver jamás su querida Caracas; empieza a sentir los achaques de su enfermedad y la estrella del Héroe busca el nadir. Y por último, en la placidez soledosa de Santa Marta, en la estancia de San Pedro Alejandrino, frente al inconmensurable Caribe, en la siesta tropical del 17 de diciembre de 1830, a la una de la tarde, la noche se hace en sus ojos y entrega su obra y su nombre a la Historia. Muchos han relatado los últimos momentos del Libertador americano; aplastado por el tremendo mal, de aquella estampa ágil y de rasgos enérgicos que nos legara Es-

pinoza en su conocido óleo ya nada queda: de sus ojos terribles que parecían despedir centellas, sólo dos globos opacos, como los astros que se apagan... Terminaba sus días terrenos hondamente preocupado al par que con inmensa decepción; poco antes de expirar le decía a su médico que lo único que le atormentaba al morir, era la idea de que tal vez habría edificado sobre arena movediza o arado en el mar, y agregaba, con sin igual gallardía: "Los tres grandísimos majaderos, hemos sido Jesucristo, Don Quijote y...yo". Estaba preocupado porque reflexionaba acerca de la posible pervivencia o la muerte de su obra.

Sus últimos instantes y su muerte, constituyen cruel ironía de lo que fue su vida: fue glorificado como pocos y terminaba en la forma más obscura; el signante del terrible decreto de Guerra a Muerte, hallaba asilo en casa de un caballero español; amado hasta el delirio por sus conciudadanos, llegaba al final de sus días, olvidado por unos, negado o maldecido por otros (4); quería con encendida pasión a su patria a la que ansiaba ver unida y poderosa, y con amargor notaba que la guerra civil comenzaba su acción destructora allí también, y la propia Venezuela, la que se encargara de romper el sueño acariciado por el Libertador, de la formación de la Gran Colombia, unida toda ella, millones de kilómetros, millones de hombres, cobijados bajo el pabellón de los colores del iris. Por

(4) La noticia de la muerte de Bolívar fue comunicada al Ministro del Interior, de Venezuela desde luego, por el Gobernador de Maracaibo en un oficio en que se calificaba a Bolívar de "genio del mal, tea de la discordia, opresor de la Patria, etc.", y terminaba expresando, "por noticia tan plausible (sic) me congratulo con Ud.". Esa comunicación mereció los honores de la publicación en la *Gaceta Oficial de la República*. Mientras sus compatriotas enjuiciaban así la memoria del gran hombre, el ilustre Gobernador de Corrientes, Pedro Ferré, dictaba el 27 de junio de 1831, uno de los primeros decretos aparecidos en Sudamérica haciendo justicia a Bolívar en donde se ordenaba para el 9 de julio "las más solemnes exequias en homenaje de S.S. el finado Libertador", debiendo los militares usar luto por nueve días consecutivos. Tuve el agrado de transcribir el espléndido decreto en un artículo titulado "Cómo Corrientes honró la memoria de Simón Bolívar", aparecido en el N° 45 de la "Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela" correspondiente al 17 de diciembre de 1954.

si fuera poco, a la ingratitud humana, se sumaba la burla del destino: a quien siempre luchaba de frente, se lo atacaba esta vez por la espalda; parece víctima de un terrible mal que le niega el aire indispensable a sus pulmones destruídos, a él, ¡tan luego a él! cuyo rostro había sentido azotado por los mismos vientos que mugían alrededor de las cumbres del Chimborazo y el Antisana.

Contra lo que algunos puedan pensar, hay algo indudable: que entre el conjunto de celebridades mundiales, pocas glorias hay tan legítimas y conquistadas en tan buena ley. José Enrique Rodó, en el magnífico estudio que consagra al Libertador, dice: "hagamos que sobre nuestros hombros descuelle junto a aquellas figuras universales y primeras, que parecen más altas, sólo porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan al espacio abierto y luminoso". Es exacto, ya en la antigüedad clásica se hacía notar que es imposible grandes hombres sin grandes pueblos. Los hombres, aparte del genio que puedan poseer, se miden por la obra que realizan o que inician; Jorge Washington está lejos de Bolívar: sus campañas no son comparables, su genio tampoco; si de allí pasamos a examinar la forma en que se desarrolló la guerra en las antiguas colonias inglesas del Atlántico y en el norte de Sudamérica, aparecerán más límpidas y nítidas esas diferencias; sin embargo pocos se han animado a proclamar la superioridad de Bolívar sobre el hijo de Virginia, por la razón elemental de que, respaldando la figura patriarcal y pura del residente de Mount Vernon, está la Unión, y en donde flamea el pabellón de las barras y las estrellas hay algo como un emblema de redención humana, pero que al mismo tiempo nos empequeñece y aplasta con sus proporciones colosales.

Bolívar, sin peligro para él, puede admitir comparación con las más egregias figuras. Alguien ha reflexionado sobre las proyecciones que tomará su personalidad al correr centenas de años. Por mi parte estimo, tal vez propenso mi espíritu

a comparar los contemporáneos con las glorias indiscutibles de la antigüedad clásica, que la crónica histórica no registra un individuo que tanto se parezca a Julio César; ambos eran escritores de brillo, con la sola diferencia que mientras el autor de los "Comentarios" inclina su ánimo a la narración amena y brillante de la historia, de la cual él mismo sería parte tan esencial, el americano resplandece en el estilo epistolar, donde es, ciertamente notable; los une igualmente la facilidad para el buen decir, y en ninguna parte de América se oyeron proclamas más llenas de elocuencia, henchidas de calor y fuego, que las surgidas de labios de Bolívar que sólo admiten comparación con las de Bonaparte; coinciden también en la voluntad férrea, avasalladora, en la ilimitada fe que ambos contaban en el respectivo empuje de sus genios, y la guerra conducida por Bolívar en los países de la Gran Colombia asume muchos puntos de contacto con la actividad prodigiosa, la resistencia extrahumana, el talento militar, todo lo que Julio César derramó a manos llenas en la portentosa conquista de las Galias.

Como hombre de Derecho, a base exclusivamente de intuición, rayó a gran altura. En medio del estrépito de la guerra, en febrero de 1819, convoca el célebre Congreso de Angostura, hoy Ciudad Bolívar, cuyo extensísimo discurso inaugural está a cargo del propio Libertador. Al declararlo inaugurado decía: "Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la soberanía nacional, para que ejerza su voluntad absoluta", y agregaba, "yo, pues, me encuentro entre los seres más favorecidos de la Divina Providencia". Es asombroso el saber que demuestra de las virtudes y defectos de los regímenes políticos; en rápida revista, recorre los ensayados en la antigüedad y allí se pone de manifiesto sus conocimientos de helenos y latinos; lo mismo cuando se refiere a los sistemas modernos existentes en Europa, muy especialmente de Inglaterra, país que admiraba, y por uno de cuyos filósofos, Bentham, sentía singular inclinación. En la misma pieza trae agudísimas reflexiones sobre el papel de los grandes hombres en el destino de los pueblos y observa sutil-

mente cuáles son las características nuestras, para —como lógica consecuencia— hacer derivar de ello, las particularidades que deben tener las instituciones constitucionales, a las que sería indispensable dotarlas en lo fundamental de un sello típicamente americano. Poniendo en práctica y concretando sus conocimientos de derecho constitucional, redacta la Constitución que se somete al Congreso del Alto Perú, en cuya constitución figura la extraordinaria novedad de la existencia de cuatro poderes: Electoral, Ejecutivo, Legislativo y Judicial, dando así razón a Hostos (la cita pertenece a Jesús A. Cova) que afirmaba que “Bolívar es el único que completó a Montesquieu, agregando a las tres ramas en que el filósofo de Francia divide el Poder Público, el Poder Electoral” (6). Bolívar recuerda a los cónsules del Lacio, resumiendo en una sola persona la habilidad política, el talento militar y el conocimiento del Derecho; esto último lo demuestra además, cuando anticipándose a los años, convoca en 1824 el Congreso de Panamá, queriendo con ello aunar todas las Indias españolas, desde los valles mexicanos a la Patagonia, en una confederación similar a la Liga Anfictiónica de Delfos o la unión de los pueblos jónicos en Delos.

Sin duda él, como todo hombre ha tenido sus errores; en ese sentido su vida cuenta con actos discutidos y discutibles, que han servido para que, adversarios enconados y voces interesadas se levantasen tratando de empequeñecer la impresionante grandeza del libertador de Colombia; de todos estos actos, tal vez merezca reproche su conducta para con Miranda, el Precursor del propio Libertador, episodio del cual Bolívar —dicho sea de paso— jamás se arrepintió. En cuanto al fusilamiento del Gral. Manuel Piar, debe tenerse en cuenta que aunque de valor insuperable, era un temperamento anarqui-

(6) Un conocido constitucionalista nuestro, Juan A. González Calderón, sostiene que el sufragio es una función pública, “un poder político”; es curioso que no cite a Bolívar, quien concretamente afirmó eso una centuria antes.

zante y por ende nada conveniente en esos momentos; la drástica medida sirvió para devolver al ejército la disciplina que se hallaba totalmente desajustada. Por lo que atañe a lo que más ha dado que hablar acerca del Libertador, la guerra a muerte, es fuera de toda hesitación, que si hoy mirado el hecho con ojos desapasionados, puede aparecer de inútil crueldad, no es menos cierto que en esos momentos, con todas las pasiones desencadenadas, no era posible exigir serenidad y calma. Aparte de que en varias ocasiones Bolívar cuando pudo evitó sus horrores en todo el Continente, y por ambos lados se llevaron a cabo actos parecidos; el sanguinario Goyeneche, siendo nativo de estas tierras, el año anterior, o sea en 1812, había dado en el Alto Perú, contra los propios americanos, prueba de ferocidad sin límites, y en nuestro propio país, ¿acaso el fusilamiento del ilustre Conde de Buenos Aires, que salvó en dos ocasiones la capital del Virreinato, no se debió sólo al hecho de haber sido leal y fiel a un monarca, cuya obediencia había jurado?

Se ha hablado mucho de la vanidad de Bolívar. Es cierto que no pecaba de modesto, pero lo que en nosotros es carencia de modestia o ridícula petulancia, en hombres de su talla no es otra cosa que el reconocimiento exacto de sus propios valores. ¿Es acaso censurado Escipión porque un día dijera, “Venid a rogar a los dioses para que siempre os den jefes que se me parezcan”, o ya en el siglo pasado porque Víctor Hugo expresase que él, juntamente con Castelar y Garibaldi sintetizaba el genio de la raza latina? Sin embargo, cuando llegó la ocasión fue modesto, cuando el elogio le pareció exagerado lo desvió con fineza, y en su carta a Olmedo, después de leer el famoso Canto, le decía: “Usted nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado en el abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes” y a continuación agregaba: “si yo no fuere tan bueno y usted no fuese tan poeta me avanzaría a creer que usted había querido hacer una parodia de la Iliada con los héroes

de nuestra pobre farsa”. Como bien observó Menéndez y Pe-layo, él que llamaba pobre farsa a las asombrosas campañas desde el Orinoco al Potosí, ¿qué hubiera dicho si hubiese podido leer la oda bellísima que el mismo Olmedo dedicó al Gral. Flores, vencedor de una sangrienta pero obscura batalla? Porque en verdad que nadie ha juzgado con tanta severidad, tanta exigencia —y al propio tiempo con tanto acierto— el Canto a Junín, como el propio Libertador a quien iba dedicado.

Lo que en Bolívar había y en manera desmedida era ambición, pero ambición nobilísima de hacer descollar y engrandecer su Patria; que no la había material y que sólo deseaba perdurar en el corazón de sus conciudadanos, lo demostró en innumerables ocasiones; una vez el jefe de los llaneros le propuso una corona, y él le contesta: “el título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano; por tanto me es imposible degradarlo”. Con ello y los hechos posteriores que lo ratifican, se cumplió al pie de la letra la predicción de Benjamín Constant: “Si Bolívar muere sin haberse ceñido una corona, será en los siglos venideros una figura singular”; no es extraño que en esa forma se pronunciase quien tenía muy cercano el ejemplo de Napoleón; pero Bolívar con esa sensibilidad delicadísima del genio, de anticiparse a las edades y los acontecimientos, veía claramente lo que ignoraban sus contemporáneos; presintió con su don de adivinación —tal vez sea eso el genio reducido a sus resortes más elementales— que el pensamiento de los hombres del futuro, máxime en América, no sería campo adecuado al vasallaje, y con sagacidad supo distinguir los lauros, capaces de enorgullecer a cualquiera, de las piedras falsas que sólo comueven y apetecen espíritus propensos a las innmerecidas alturas o los triunfos fáciles. Para él las coronas nada valían; en otra parte estaba la gloria y lo establece claramente, con palabra cálida y elegante, cuando clavando en la cumbre de una montaña famosa cuatro banderas americanas, entre ellas la argentina, habló así: “En cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata llamada Potosí, cuyas venas riquísimas fueron tres-

cientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la Libertad, desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el piso de esta montaña, cuyo seno es asombro y envidia del universo”.

Así era el alma inmensa de Simón Bolívar, el hombre-cumbre que se creyó espléndidamente pago con su título de Libertador, y que por tanto pudo decir como el vencedor de Zama, “solo traje un título”; que guardó siempre olímpico desprecio por las riquezas materiales; que liberó más de un millar de esclavos de su propiedad; que cuando se le ofreció todo, dijo que había llegado al Perú a buscar glorias y no dinero, y sólo llevó una humilde medalla. . .

La gratitud del Continente se ha traducido en numerosas estatuas; ya la tiene en Buenos Aires; pero Bolívar no es de los que precisen de tales homenajes para perdurar; posiblemente él, más que todo ello hubiese deseado poseer solamente el monumento que ha mucho lo tiene: el corazón de los ciudadanos que lo han proclamado ya como uno de los hombres culminantes, cuya gallarda y gloriosa figura, emerge a guisa de una colina o un alminar altísimo, cuya sombra se proyecta sobre toda la historia americana.

GASPAR R. BONASTRE

Mayo 1267, Corrientes

